



## **ZADIG – La Movida Latina**

### **Comunicado N° 2**

**Junio/2017**

Zadig - LML convoca, a quien así lo desee, a sumarse en esta movida.

Para formar parte de esta red, que convoca a impulsar la política desde el discurso analítico e incidir en ella desde el psicoanálisis, es condición no pertenecer como afiliado a ningún partido político y por ende a las identificaciones partidarias. A continuación el formulario en el cual podrán inscribirse y enviar a la siguiente dirección: [zadig.latina@gmail.com](mailto:zadig.latina@gmail.com)

Siguiendo los lineamientos de Jacques-Alain Miller con una “tabla de orientación” publicada recientemente en París en el *Nº1 de La movida Zadig Zero Abjection Democratic International Group* les hacemos llegar, -gracias a la disposición de los traductores- los textos en español.

“Subjetivaciones de las libertades” es un nombre que representa a Zadig-Latina y tiene como objeto promulgar el estado de derecho y la libertad de expresión en aquellos lugares que el ámbito de la NEL lo requiera.

**Raquel Cors Ulloa - Clara María Holguin  
Gustavo Zapata - Cristina González de Garroni**

## ***Zadig - LML***

***(Zero Abjection Democratic International Group - La Movida Latina)***

**Zadig - La Movida Latina, es una red que hace parte de la naciente ZADIG “Zero Abjection Democratic International Group” creada por Jacques-Alain Miller el 14 de mayo de 2017 en lo que incide al malestar de la civilización actual, especialmente lo concerniente a la *política lacaniana* en América Latina.**

### FORMULARIO DE INSCRIPCIÓN

Deseo entrar en ZADIG-LML

Certifico que no soy miembro de un partido político, ni un agente de entrismo e infiltración de una organización semejante. Admito que si me viera llevado a ser miembro o agente de un partido político, dejaría *ipso facto* de formar parte de Zadig-LML, que no es una asociación sino una red de contacto, destinada a que la recorran impulsiones diversas, entre las cuales la de su inventor, Jacques-Alain Miller, desempeña un papel decisivo.

Mi nombre:

Mi profesión:

Mis títulos:

Mis diplomas o ausencia de ellos:

Mi correo electrónico:

Mi teléfono (móvil preferiblemente):

Fecha:

Suscribo:

\*Enviar este formulario al correo electrónico:

**[zadig.latina@gmail.com](mailto:zadig.latina@gmail.com)**

# ***La movida Zadig-latina***

## **Tabla de orientación**



## **Lacan, Una lección de política** **“Sus palabras me han impactado...”**

**Por François Regnault**

- “*Sus palabras me han impactado más de lo que usted piensa*”, le diría más tarde.

- “*Impactado más de lo que pienso*“, dice el Doctor.

- “*Exactamente*”, le volvería a decir.

Estábamos sentados a la mesa, en el pequeño departamento de la calle L... a la mesa los tres, su hija J\*, frente a nosotros, su yerno A\*, y yo del mismo lado, cuando entró, él, “Freud” en persona.

Entró lentamente con su mujer, que vino a sentarse en la otra punta desocupada de la mesa. Me levanté y fui a saludarlo, sabía que había sido agredido dos días antes por un malandra, un loco que deseaba su mal, quería su dinero y le había dado un puñetazo. Adiviné fácilmente que no se trataba de hacer alusión a ello, ni siquiera autorizándome en un “*créame estoy con usted en esta prueba ligera y seria*”.

El puñetazo le había producido una equimosis en la garganta y su voz sufría una

disminución bastante importante. Me dijo buenas noches y luego tomó el texto que su yerno A\* había preparado para los diarios, respondiendo a una pregunta acerca de política revolucionaria en el estilo de 1789 y según los principios de Jean-Jacques Rousseau.

Pasó a la pieza de al lado, frente a donde yo había estado sentado y donde yo estaba nuevamente parado esperando que salga. Se alejó, pidiendo un poco de paz, pidiendo que se lo deje disfrutar una o dos horas de la paz a la que tenía derecho, antes de la cena a la que tenía derecho.

La puerta se había cerrado, y sé que hasta que volviera, conservaría la impresión de que él no estaba en la pieza de al lado que yo conocía, sino que él estaba muy lejos, inalcanzable, había salido tanto del espacio como del departamento y no había razón para que yo lo vuelva a ver, al menos esa noche.

Ahora bien, una media hora después salió, y era evidente que quería llegar a la puerta por la que una rato antes había entrado, pasando nuevamente solo, como una procesión lenta, como el Santo Sacramento en una ciudad española donde arrodillado uno lo hubiera esperado un día entero bajo el sol y las rosas, retirándose como en el famoso cuadro de la excomunión del rey Robert, por la puerta del fondo, todos los cirios apagados, el clero solemne e indiferente.

Estábamos sentados a la mesa, y cuando estaba llegando a la puerta, se arrepintió, y, -ya sea porque su yerno lo había llamado a su paso, ávido de un comentario más rápido de su artículo, ya sea porque tal vez él había fingido que quería salir y su verdadero deseo era el de sentarse frente a nosotros, entre nosotros, incitado a hacerlo frente a mí, -el extraño-lo que quizás en familia hubiera renunciado a hacer o incluso evitado-, vino a sentarse a nuestra mesa, pero a título provisorio, manifestando que la silla era solo el soporte pasajero de una palabra.

Estuvo así sentado a la mesa entre nosotros, pero al sesgo, como la verdad en nosotros encerrada en el marco rígido de la cena y en el marco rígido -moral- de la joven y bulliciosa revolución, le sería necesario hacer percibir al sesgo, ya que ella iba a deformar singularmente la perspectiva en la que nosotros retozábamos. Cuando él hubiera salido, nuestras miradas arrancadas al cuadrado familiar girarían hacia la puerta, y solo nos quedaría considerar como después Emaús, clara en nuestra noche, alrededor de nuestra tierra errante, su luz venida de otro lado.

Comenzó de este modo a hablarle a su yerno y sin mirarme, salvo al final y de reojo en el momento en que me sonreiría:

*“Esas pocas líneas que le envié el otro día -haya o no puesto punto aparte bastante claramente en el momento en el que cambiando de idea, debía detener el párrafo, no sé-, esas líneas debían decirle lo que no le voy a volver a decir aquí, y que siguen teniendo valor aún leído su artículo.*

*Sé, por verlo alrededor mío y por leer los diarios, un poco lo que del lado norte de París son capaces de hacer las pandillas armadas, me doy muy bien cuenta que los asesinos-no son otra cosa- están empleados por C y consortes. Pero, entienda usted, usted no va a estar nunca a la cabeza de una banda de asesinos”* (esto preparaba la conclusión del discurso en el que él diría cuán débil era su yerno frente al orden del mundo).

Su yerno en ese momento se echó hacia atrás, movimiento que significaba no tanto que él tendría un día que estar también a la cabeza de una banda, -que no diríamos de asesinos, mejor auténticos justicieros-, sino más bien que al revolucionario, nada de lo que es inhumano debería ser extraño. "Freud" continuó:

*Es evidente para todos, nada es más evidente, que la masa que alega su artículo, juega allí el papel del amo, del significativo amo. ¿Qué cree usted que allí se renueva sino aquello que fue siempre, y bajo otros nombres antaño? (él quería decir la república, el Rey). En su nombre, que conserva invariante el antiguo lugar en el que se sostiene el discurso perpetuo, usted sostiene el discurso hoy llamado de la masa. En su nombre usted perpetúa el discurso perpetuo, esto es evidente para todos.*

*Desde otra perspectiva en apariencia ¿qué rebelión usted hace valer? Usted y los que lo acompañan o que lo siguen, ¿cómo son ustedes percibidos por aquello que, ni pueblo, ni masa, recibe con todo derecho el nombre de "popular"? Lo popular los percibe como rebeldes y como no entiende de rebelión, toma la suya como burguesa, como una rebelión de privilegiados. Porque ¿qué hace usted, qué es lo que incluso puede hacer, sino aparte de lo popular, y en la elección de las rebeliones de los privilegiados, expresar una de ellas, por la vía más clásica, y sin embargo burguesa y privilegiada-solitaria? Yo tengo otra manera de atravesar mi rebelión, también de privilegiado, tengo otra vía, y hay para usted,- debería quererla-otra vía de atravesar su rebelión de privilegiado: la mía por ejemplo.*

*Lamento únicamente que tan pocas personas que me interesan se interesen en lo que me interesa."*

No había hablado de su rebelión, -de la que no hablaba jamás no más que de aquello de lo que no hablaba jamás-, sino porque su yerno A\*, por una palabra o un gesto, le había preguntado qué salida- que no fuera callarla o apagarla- se abría para la rebelión de privilegiado, fuera de la vía clásica. Su yerno A\* había debido alegar que el privilegio desaparecía cuando la rebelión alcanzaba en su derecho la revolución y entonces ambas confundidas hacían tambalear el poder del Estado. El privilegio quedaba así abolido. La percepción de lo popular no relevaba más la diferencia extraña del alma bella. Es por lo que "la mía por ejemplo" introducía a ese hombre noble y sentimental en sus propias palabras, y contándose en la lista de los privilegiados para lograr que se identifique su rebelión, normalmente silenciada, como esencial y marginal a la vez, excepcional y por eso mismo verdaderamente real, verdaderamente real y verdaderamente imposible, él respondió así a aquél que reconducía idealmente sus fuerzas a las del pueblo.

Luego, "lamento que tan pocas personas que me interesan....", marcaba una pausa, permitía una distensión en el discurso tenso, enteramente construido, con, como diría Aristóteles, un comienzo, un medio y un final, como nos lo mostraban las últimas palabras, y aunque, a cada momento nosotros hayamos tenido la impresión -es apenas cierto- de hablar a tontas y a locas.

*“¿Qué ve lo popular en sus chanchullos? Es que el fondo usted quiere una policía púdica. Inglaterra, desde hace algunos siglos, ha resuelto muy bien la cosa. Su policía ha hecho el trabajo sin atropello, y el ciudadano puede considerarse contento de nunca escuchar hablar de ella. Usted lo que quiere en el fondo es una policía sin atropello. Usted y los suyos le reprochan a la policía haber salido de aquello en lo que está habitualmente acantonada, y haber mostrado la punta de su*

*esencia.”*

Retoma: *“Yo vi, en el momento de la Liberación, vi y no lo olvidaré nunca el momento en que los guiñoles de entonces se hacían pasar por los grandes reconciliados- y yo te perdono y te dejo pasar eso- y no les impedía dispararse a los pies, a todos,-vi a la policía que venía de hacer el trabajo de los Alemanes, sostener con su orfeón las nuevas reuniones eufóricas y Claude Bourdel y x y todos los demás, pavonearse adelante, y detrás de ellos el orfeón de la policía soplando las tubas, detrás de ellos precisamente dándoselas por el culo.”*

Retomaba de este modo la idea justa y verdadera que había ya enseñado: cuando el nuevo dictador accede al Estado, sea en el nombre del pueblo o en contra, sus primeras palabras al pueblo son siempre: *“Y no crean ahora que se van a divertir: Ahora el esfuerzo comienza. Ahora es el reino de lo serio.”*

Retomó: *“Hegel no fue muy lejos para decir que la policía es la esencia del Estado. Ni más ni menos que eso y eso desde siempre y necesariamente.”*

Muchas veces se trata de la URSS y de China. Su yerno A\* le decía tanto la URSS como China, pero estaba dicho que su yerno A esa noche, no tenía la palabra. No hacía falta que hubiera intervenido. Mucho menos cuanto que el Doctor habría caído en las trampas de su argumentación por haberlo dejado mucho tiempo, un minuto, hablar, porque lo que importaba era que no figuraran más que como florituras de su propio discurso, en rigor, como puntos de apoyo en los que acotar sus meandros, las intervenciones del otro, y que fueran conservadas con la solemnidad de su amonestación, toda su receta improvisada y su retórica rigurosa y abandonada.

Y además, nadie en esa época podía indicar al mismo tiempo la URSS y China sin, cuando evocaba la URSS, de 1905 o 1917, excluir totalmente a China y cuando evocaba a China, deber traer inmediatamente que su contemporánea URSS atenuaba, anulaba los efectos del glorioso 1905 y del glorioso 1917. Entonces nadie podía con un solo punto de apoyo plantear los dos términos a la vez, y este saltito que un análisis más largo o simplemente uno o dos argumentos de más hayan probablemente asentado para el gran optimismo de la lógica y de la historia, daba razón por su inevitable sinceridad al Doctor “Freud”: de este modo se experimentaba en el discurso la imposibilidad de decir al mismo tiempo URSS y China sin reír, así el ejemplo de 1905-1917 inauguraba inmediatamente una historia por lo que a la que se había vuelto digna le seguía inmediatamente en otro lado la que se había vuelto indigna, mientras que la indignidad de la primera echaba inmediatamente una sospecha sobre el porvenir de la segunda; de este modo la policía retomaba siempre sus derechos para reemprender sus fechorías milenarias, y la ligera movida que se inauguraba a veces en el ciclo eterno de la reacción solo le daría ilusión a quien fuera su contemporáneo y lo creyera irreversible.

-“ *Yo sé que hay tanta distancia entre China y la URSS como entre 1905 y lo que Marx imaginaba que sería una revolución y eso confirma las movidas posibles, a veces, de la historia, pero la proporción que elegí muestra que las movidas se repiten más bien que una sola movida irreversible. Créame. El ciclo solo es irreversible y la historia es lo que recomienza siempre absolutamente idéntica. Créame que lo sé, y no solamente que lo tengo del ejemplo de la Liberación, que no hubiera alcanzado a un solo hombre. Y crea por eso que usted tiene otra cosa que hacer que responder a un gacetillero político (disminuía de este modo voluntariamente, injustamente, la*

importancia de la respuesta, y reducía injustamente toda voluntad de su yerno a no haber hecho más que responderle a un gacetillero político). *Haga algo diferente a dar respuestas inmediatas. ¿No es acaso cierto que yo hago cosas que dan resultados diez años después? Comprenda entonces que después de esto yo no firmo ese texto como todos aquellos que acaban de firmar. Es inútil decirle que los respeto, pero justamente, los respeto, es todo.*”

Abordó entonces otro punto esencial: habló del dinero. “1917, China, dijo, y, sin embargo nada más en todo esto que el significativo amo absoluto, el dinero, el significativo amo aquí como allá, el capitalismo universal, en Pekín mismo, nada cuenta sino el reconocimiento de esta marca.” Pero cuando dice Pekín, lo dice rápidamente, dudando que se supiera lo que pasaba allí, y sabiendo que no podría pasar nada diferente que en otro lado y siempre.

Un sub-apartado estuvo dedicado a Stalin a título de ejemplo: El Doctor se había levantado en ese momento, ya que iba a alcanzar su peroración del final, pero no aún. La retórica había sido sin duda lograda, pero no hubiera conservado su carácter improvisado si él se hubiera levantado en el preciso momento de concluir. Efecto muy simple y muy calculado; en esta circunstancia familiar, pero frente a un extraño, solemne pero contingente, él prefirió este efecto de desfase y de sesgo.

*Stalin, exclamó, era un bandolero. Era un bandolero. Era un canalla y era además un cobarde innato, pero fíjense que Luis XIV no valía mucho más. Lo vi en la entrevista de Joukov, que apareció hace poco en Le Monde, acerca de la actitud de Stalin en el teléfono en ocasión de la declaración de la guerra (de Alemania a la URSS después del pacto germano-soviético). Y su vacilación para responder, su incertidumbre sobre lo que debía haber ser hecho no en la hora misma, ni en el minuto mismo, ni en el segundo mismo, sino en su pensamiento inmediato, mostró que era profundamente cobarde”.*

“Y si yo no tenía que hacer lo que yo debía hacer”- es así que reestablezco lo que quería decir probablemente el Doctor, pero él solo dice *cobarde innato*, y es así como concluye eso a partir de ese texto de Joukov, yo había leído el texto.

El volvió sobre la historia ya que estaba llegando al fin de su desarrollo y la peroración vendría luego, corta y sublime: volvió sobre la URSS y China.

*“Probablemente de tanto en tanto- un Lenin en 1905-1917 y China quizás también hoy, pero la China, usted lo va a reconocer, tiene a pesar de todo otro pasado*

*-hay un agujero en el eterno recommienzo, y es divertido aprovechar ese agujero y en el juego de la máquina, inventar lo nuevo, no se lo impediré si eso le divierte. Pero de todas maneras usted va a fracasar...”*

*-“Lo que noto hasta ahora que he obtenido, dice su yerno A\*, no es el fracaso, sino el éxito...”*

*-“...usted fracasará porque la historia desde siempre gira en redondo. Es la estructura”.*

Había alcanzado la conclusión, no hacía falta más que uno o dos acordes de resolución. Su yerno A<sup>\*</sup> le proveyó la melodía.

-“¿Por qué yo fracasaré: porque soy una sola persona? ¿O bien porque soy yo?”

En ese momento dudó un instante en responder, no porque no conociera la respuesta – le bastó reflexionar un instante para conocerla-sino porque dudaba en decirla, y porque en un sentido ella era inesperada:

-“Las dos, respondió. Y agregó: “Usted es flaco, se lo he escrito, y así terminé escribiéndoselo, y ¿por qué no terminar con esto, diciéndoselo, dígaselo a usted mismo que es flaco? Más flaco que yo y yo lo soy ya bastante.”

Volvió a la carta que había escrito. No quería hacer nada más que reescribirla y su preocupación por la construcción, por el pasaje al punto y aparte, por la unidad de los apartados testimoniaban que ese discurso y esa carta llevándolos a su estructura, no eran sino una sola cosa, o más bien que no había sido nunca nada más que una carta.

Y luego, él se fue, se fue, llegó hasta la puerta y se fue, no rápidamente, ni lentamente, ni bruscamente, ni solemnemente, sino inexistente, ensimismado, ensimismado en su dolor, quizás, o quizás ensimismado en su cena, ensimismado en su fatiga, ensimismado en su verdad. Había hablado, no era más que el cuerpo que había un instante soportado, producido, soplado esta palabra y ahora era necesario borrarse sin modestia, desaparecer sin sorpresa, salir sin salida. Nos dijo adiós, o no nos lo dijo, no sé, “estaba con su cuerpo o sin su cuerpo”, no sé, habiendo dicho la verdad, lo sé.

Era sin embargo la época en la que América iba a reconocer a China, y dónde el tiempo era el de la revolución.

*Escrito uno o dos días después de esa noche.*

Traducción: Graciela Esperanza, junio 2017.

\*\*\*

## **Voltaire, Breve digresión**

**La primera impresión del texto es de 1766, en *El filósofo ignorante*, publicada en Ginebra en lo de los Cramer.**

En los comienzos de la fundación de los Quince-Veinte se sabía que ellos eran todos iguales y que sus asuntos se decidían por la pluralidad de voces. Distinguían perfectamente al tacto la moneda de cobre de la de plata; nunca para alguno de ellos un vino de Brie pasó por uno de Bourgogne. Su olfato era más fino que el de sus vecinos que tenían dos ojos. Razonaban perfectamente a partir de los cuatro sentidos, es decir, conocían todo aquello que les estaba permitido saber; vivían apacibles y afortunados tanto como los Quince-Veinte podían serlo. Desgraciadamente uno de sus



profesores pretendió tener claras nociones sobre el sentido de la vista; se hizo escuchar, intrigó, formó entusiastas; finalmente se lo reconoció como jefe de la comunidad. Empezó a juzgar soberanamente acerca de los colores, y todo se perdió.

Ese primer dictador de los Quince-Veinte armó un pequeño Consejo, con el cual se volvió el amo de todas las limosnas. Gracias a este medio, nadie se atrevió a resistirlo. Decidió que todas las vestimentas de los Quince-Veinte eran blancas; los ciegos le creyeron; sólo hablaban de sus bellas vestimentas blancas, aunque no hubiera una sola de ese color. Todo el mundo se burló de ellos; acudieron a quejarse al dictador, que los recibió muy mal; los trató de innovadores, de espíritu fuerte, de rebeldes, que se dejaban seducir por las opiniones erróneas de los que tenían ojos y que osaban dudar de la infalibilidad de su amo. Esta disputa dio origen a dos partidos. Para aplacarlos, el dictador sacó un decreto por el cual todas sus vestimentas eran rojas. No había un solo traje rojo en Quince-Veinte. Se burlaron de ellos más que nunca. Nuevas quejas de parte de la comunidad. El dictador se enfureció, los demás ciegos también; disputaron mucho tiempo y la concordia sólo se restableció cuando a todos los ciegos se les permitió suspender su juicio sobre el color de sus ropas.

Un sordo al leer esta pequeña historia confesó que los ciegos se equivocaron al opinar sobre colores; pero se mantuvo firme en la opinión de que sólo a los sordos les corresponde opinar de música.

Traducción: Graciela Esperanza, a partir de la versión publicada en la movida Zadig n°1.

\*\*\*

## **El eterno Patapouf**

**Por Jacques-Alain Miller**

1

De lo escrito en francés, no hay nada que prefiera más que esta “pequeña historia”. Sería sabio no decir nada acerca de ella. ¿No es acaso tan límpida que corta el aliento? Es la medusa del Witz. Nos liberamos de ella mediante la risa.

2

Freud va a buscar sus chistes en los anales. Reflexiona acerca de las palabras ingeniosas que se destacan, lo que hace suponer que el resto del tiempo la conversación no es verdaderamente chispeante. En Voltaire, todo es Witz, estamos en el elemento mismo del ingenio, es la forma a priori de su percepción del mundo.

3

En cuatro pequeños párrafos, está todo, como en el café de Lagoupille: una política, una metafísica (a la inversa), una lógica, una ética, y también una estética que se exhibe en el estilo.

4

Al releer en estos momentos esos monólogos llamados “mi curso”, veo bien que curiosamente mi lengua –mi versión de la lengua-, lleva la marca de Moliere y de Voltaire. Jamás supe hacer las cosas oscuras- sino al trabajar mucho, en la Escuela Normal... Decir rápido siempre me pareció una virtud. Pero la rapidez no lo es todo: es necesario para que esté contento, que las relaciones entre los términos se vean. Mi palabra es una esgrima, me pongo las botas, hago molinetes, *me tiro a fondo*. ¿Quién está en frente? Nadie de quien yo hable. Es el eterno Patapouf, el enemigo de Voltaire.

5

Me cuesta creerlo, cuando Mauricio me dice que la *Breve digresión* no se existe en español. Si ese fuera el caso, estaría orgulloso de haberla puesto en circulación en la Argentina, donde podría hacer algún bien... Es cierto que apenas la “dictadura” fue denunciada, fue soberbiamente denunciada (nunca la habíamos padecido hasta ese momento) tuvimos a Robespierre y a Napoleón. Lacan no dudaba en recordar a los alemanes *captatio malevolentiae*, adónde los condujo el amor por la crítica hacia 1933. Lacan se ubica bajo la égida de las Luces, pero en política razonaba con frecuencia como un romántico, y junto a eso, como el más liberal del mundo.

6

Había en la École freudienne algo de los Quince-Veinte. Eso tenía que ver probablemente con los alumnos de la Escuela, el director, en cambio era suficientemente volteriano como para poder haber dicho: “Prescindir del Nombre del Padre a condición de servirse de él”. Pero, en fin, eso no era un éxito, ese éxito...

7

Los psicoanalistas están condenados a hablar de lo que no ven. Es por lo que ponen tanta convicción en ello, sea que tengan la fe del carbonero o que estén carcomidos por una duda de la que se esconden. Los más picaros, desde hace tiempo, no creen más en el inconsciente: de tanto servirse de él, terminan por prescindir de él. ¿Los más picaros? En psicoanálisis, son los más débiles y se convertirán necesariamente, dice Lacan, en canallas (palabra de la lengua clásica). La caza de los canallas obsesiona a Stendhal. Volteriano durante la Restauración (ver el cuento del encantador obispo de Agde persignándose frente al espejo). En lugar de hablar de lo que ustedes no ven hablen, hablen de lo que escuchan es en sustancia lo que dice Lacan, y de lo que es hablar y escuchar.

8

Están los cinco sentidos, por cierto, y luego está el fantasma, lo real del gozar, y lo real de lo simbólico. Voltaire respeta el goce, respeta las matemáticas, pero el fantasma del otro le hace reír. Dice “Miren un poco a estos imbéciles”. Pero es él, el que no entiende nada de los poderes de la palabra, lo que sin embargo pone en escena la *Breve digresión*. Que sea con cinco sentidos de más o de menos todo es fantasma,

dice Lacan. Podría ser Voltaire

9

Es el más borgiano de los cuentos de Voltaire. Haría falta muy poco para que la *Breve digresión* se convierta en “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*” o “*El Congreso*”. Solamente haría falta reír un poco menos. No llorar (eso es bueno para los poetas del sentimiento trágico de la vida, de Pascal a Unamuno): tener compasión, tener compasión por sí mismo, quiero decir, lucidez. Las Luces eran los Quince-Veinte, y Voltaire, su dictador (se ha dicho). *Breve digresión* no habla más que de la dictadura de opinión. ¿Y si Voltaire pensaba en sí mismo?

10

Borges ciego habla sin vacilar de los colores yo lo escuché. ¿De qué debería hablar un ciego? Como todo el mundo, es un apasionado por el objeto perdido. ¿Por qué hablar de eso que está bajo la mirada, bajo la mano? Por supuesto solo se habla de lo que está fuera de alcance. Estos empiristas siempre quieren cerrarnos el pico. Voltaire era anglómano, eso lo perdió como a Wittgenstein. “Aquello de lo que no se puede hablar, hay que callarlo” esta sabiduría que es la de la *Breve digresión*, es un poco estrecha. En Carnap es francamente la dictadura del peón. Al menos Kant por seguir en la vía de Voltaire, agrega: “... pero uno no puede impedirse de hablar de ello” “Hablen de lo que ustedes conocen” pues bien, no se iría lejos...

11

¿Por qué está Maximiliano en el horizonte? Porque al tocar los semblantes, al sacar a luz el fundamento de semblante del lazo social, al pasar la creencia por el tamiz de los cinco sentidos con el pretexto de volver razonable a la sociedad se deslegitiman los significantes amos de la tradición, y la retribución no tarda en llegar.

Joseph de Maistre más verdadero que Voltaire... (probablemente fue volteriano, como todo el mundo antes de 1789). Sólo que, he ahí, la Restauración no funciona.

Chateaubriand ya sabe que eso se terminó para siempre, que la ideología científica derrotó a la tradición. La Revolución, en efecto, es el discurso de la ciencia en marcha, (su efecto catastrófico sobre los Franceses).

Voltaire es su San Juan el Bautista. ¿Acaso no había hecho de Newton su nuevo Evangelio? Cartas filosóficas o Cartas inglesas. A *Breve Digresión*, Gran Revolución.

12

En Venecia leía, en italiano, las reflexiones de un Húngaro.

Qué lamentable -dice en síntesis- que la unidad alemana se haya hecho bajo los Hohenzollern, esos toscos, groseros, advenedizos, y no en torno a los Habsburgos, que eran gentilhombres en quienes aún vivía el sentido de la res pública y de la soberanía impersonal. Con el universalismo abstracto llegó el nacionalismo y el reino fatal de los héroes. Napoleón, *genuit* Bismarck, que *genuit* Guillermo II, “*falso monarca, per il quale l’esercizio del potere non é una funzione e un sistema di ruoli bensì un cimento romántico, eroico, spettacolare-, individuale*” y llega Hitler. Itsvan Bibó, que se inspiró en Guillermo Ferrero sueña en 1942 con una monarquía volteriana, sueña con un rey filósofo. Paciencia, hoy es la era de “No hay nadie” (Cf, El Otro no existe y sus comités de ética).

El gran dolor de los liberales: “¿Por qué, por qué los hombres no permanecen dentro de los límites de la simple razón?”

A excepción de los Ingleses, -que tienen con lo real una relación robusta y sana (salvo Carlyle...) que Lacan celebraba en la posguerra-, los pueblos se cuentan historias.

La tristeza de los liberales franceses debe ser colocada en el estante de los grandes afectos políticos al lado de las nostalgias legitimistas. Los Ingleses no creen en las “ideas” (los Escoceses, mucho menos, y los Americanos, en absoluto). Por esto mismo dan el tono en la IPA. Guardan sus creencias en privado, como un pequeño delirio que no le hace mal a nadie, y del que no se hace alarde. Si este realismo salubre entusiasmó a Voltaire, es porque él era francés. Inmediatamente construyó un sistema radical como pocos burlándose de todo, haciéndose el vivo. Es lo que no hacen los Ingleses justamente: una vez que las “ideas” se volvieron costumbres y entraron en el orden de las cosas, ellos las respetan como cosas que existen.

En cuanto al sublime “no” de 1940, deja en el lugar los cálculos menudos. La Anglomanía no es la “anglitud”.

Los Ingleses, ¿dejarán algún día de servirse del viejo significante real? Es la apuesta del folletín que apasiona todavía este verano. El discurso de la ciencia encuentra su realización en las aventuras sexuales de Lady Di.

La dialéctica tiene esas ironías. Pascal lo llama “la nariz de Cleopatra” (es de Voltaire). La dialéctica siempre es irónica, y en Hegel en primer lugar, como lo ilustró Queneau. El domingo de la vida quiere decir que ya no hay más retóricos para engañarlos: fin de los poderes de la palabra, fin de la historia, fin de “la breve digresión”, (la pre -historia) podemos empezar a dormir. El sueño lógico-positivista y liberal: cada palabra en su lugar, todos consumidores, deshuesados como Valentín.

*La Breve digresión* es el Enchiridion del no-incauto ¿Qué es el no-incauto? Aquel que se burla de los poderes de la palabra. Cree que no hay sino semblante. Esta creencia es errónea, y por es allí que es débil, yerra, y que, psicoanalista (y por ende, especula con los poderes de la palabra), se convierte en un canalla. Lo real en juego se le escapa, se lo vela su risa. Voltaire, sin embargo, sabe que no se corta con eso, ver el *topos* del último párrafo, su cláusula infinitizante. Cuando termina, eso recomienza-después de un blanco, *riverrun, past Eve and Adam's...*

¿Por qué esta repetición? ¿Por qué volverse “entusiastas”, en lugar de mantenerse “apacibles y afortunados”? La ceguera del cuento, es la castración. Siempre tenemos un sentido en menos. Es lo que “no hay relación sexual” quiere decir.

Esta *Breve digresión* es una blasfemia. Los ojos están para no ver. El vidente siempre es ciego (Tiresias). “Yo quisiera saber lo que ven los ciegos”, dice un psicótico (citado por Roger Wartel). La tontería de las sátiras es desconocer la fuerza de las cosas ausentes. Lacan no insistió en la vía de “*Situación del psicoanálisis en 1956*” “...se hizo escuchar, intrigó, formó entusiastas; finalmente se lo reconoció como jefe

de la comunidad”. ¡Dios mío!, pero si es toda la historia del psicoanálisis... Y quizá, toda la Historia, teoría de increíbles carismáticos, seguidos por sus interminables cohortes burocráticas-cuando su “breve digresión” funcionó. La cuestión es únicamente durar. Cuando el artificio está un poco gastado se vuelve utilizable por el *gentleman*, como lo indica la anécdota de Brummel... Afortunadamente, para el psicoanálisis, eso arrancó mal.

17

O bien todo no es más que teatro de sombras, *opéra buffa*, escenografía de semblantes, o bien, hay lo real. Quizá lo real ama al semblante, así como lo Absoluto quiere estar cerca de nosotros (Hegel). La trayectoria analizante de la impotencia a lo imposible lleva simultáneamente de lo trágico a lo cómico. El pase es el *Witz*, incluso el *Limerick*: le hace falta un pequeño guiño (el ojo japonés de Florencia). Como el sordo de Voltaire, uno se aferra a su propio real, que es justamente lo que no puede conocer... Si todo fuese falso semblante, sofística, estafa, aún quedarían las matemáticas. Stendhal no respetaba más que eso. Para él se es matemático o canalla, o bien emotivo, un poco tonto, como sus héroes ¡Ah! Hacer al psicoanalista matemático... fue el sueño lacaniano.

18

La astucia, tenacidad y valentía en Voltaire. Él ya había hecho todo, en el 1789 no hubo sino que despejar. ¡Cómo se merece el odio de Joseph de Maistre! Admirable potencia del escéptico combatiendo, la de nuestro Lucien. Sorprendente entusiasmo del incrédulo (gozaba con reventar los odres). Fue celebrado por el mismo mundo del que él fue la ruina (no había querido eso...).

19

“Suspende” tu juicio allí donde falta la experiencia sensible, y todo andará mejor. La utopía liberal, la disciplina lógico-positivista, prolongan la ascesis antigua. Es una manera de arreglárselas con el Otro tachado- a falta del saber, renunciar al acto. Erasmo, Montaigne, Voltaire. Descartes no tiene su lugar en la serie, porque él “cree en lo real” (pero también conoce la potencia de los semblantes sociales y dice: no tocarlos). El psicoanálisis es cartesiano, no volteriano. El *Cogito* vale para el ciego, nada le prohíbe las matemáticas, tampoco el diván.

20

El hospicio para ciegos transformado en asilo de locos. La lección de Voltaire, sin la sátira, se puede resumir en un chato: “Aténganse a los hechos”, que terminará por producir un señor Homais y, en el mejor de los casos, el delirio positivista. (Auguste Comte loco como una cabra... Visiten su “Chapelle de l’Humanité”, en París, donde a veces se reúne nuestro Collège franco-brasileño). La ficción se aferra al hecho como una garrapata a la piel de un perro. Bentham más verdadero, más sabio, más Confucio, más *práctico* que Voltaire, porque es un jurista.

21

“La razón a partir de Freud” es completamente diferente. Es algo así como: las Luces más el objeto *a*, para decirlo a lo Lenin, que decía: “Los Soviets más la electrificación”, salvo que con la electricidad los Soviets todavía se sostenían;

después fue: “La electrónica, *menos* los Soviets...”.

22

Es la hora del almuerzo. Pienso en un Witz, que debe estar en el Spicilège de Montesquieu, y dice aproximadamente: “Ustedes se impiden dormir para hacer filosofía, mientras que habría que hacer filosofía para dormir bien.”

Divertimento de este domingo 17 de agosto de 1997, en París.

Este texto fue publicado en el N° 49 de la revista *Ornicar?* Boletín del Campo Freudiano.

Una versión comentada de este mismo texto por Jacques-Alain Miller se encuentra en su la última lección de su curso *El partenaire-síntoma*, pág. 469-89.

Traducción revisada por Graciela Esperanza

\*\*\*

## **Simone Weil, Lección de política diferente \***

### **\* Este título es de Jam**

#### **Extractos / Fragmentos de la *Nota sobre la supresión general de los partidos políticos***

La palabra partido se toma aquí con la significación que tiene en el continente europeo. La misma palabra en los países anglosajones designa una realidad totalmente distinta. Tiene su raíz en la tradición inglesa y no puede transponerse. Un siglo y medio de experiencia lo demuestra bastante. Hay en los partidos anglosajones una idea de juego, de deporte, que sólo puede existir en una institución de origen aristocrático; todo es serio en una institución que, al principio es plebeya.

La idea de partido no entraba en la concepción francesa de 1789, sólo era un mal a evitar. Pero existió el club de los Jacobinos. Era al principio solamente un lugar para charlar libremente. No fue ningún tipo de mecanismo fatal el que lo transformó. Es únicamente la presión de la guerra y de la guillotina la que lo convirtió en partido totalitario.

Las luchas de las facciones bajo el Terror fueron gobernadas por el pensamiento tan

bien formulado de Tomski: « Un partido en el poder y todos los demás en la cárcel. » Así, en el continente europeo, el totalitarismo es el pecado original de los partidos.

Por una parte es la herencia del Terror, y por otra, la influencia del ejemplo inglés que estableció los partidos políticos en la vida pública europea. El hecho de que existan no es de ningún modo un motivo para conservarlos. Sólo el bien es un motivo legítimo de conservación. El mal de los partidos salta a la vista. El problema a examinar es si hay en ellos un bien que le gane al mal y vuelva así su existencia más deseable.

Pero es pertinente preguntar: ¿hay en ellos mismos una parte infinitesimal del bien? ¿No son el mal en estado puro o casi puro?

Si son el mal, es cierto que en el hecho y en la práctica, sólo pueden provocar el mal. Es un artículo de fe. « Un árbol bueno no puede nunca traer frutos malos ni un árbol podrido frutos lindos. »

Pero primero hay que reconocer cuál es el criterio del bien.

Sólo puede ser la verdad, la justicia y en segundo lugar la utilidad pública.

La democracia, el poder de la mayoría no son bienes. Son medios con miras al bien considerados eficaces con o sin razón. Si la República de Weimar, en lugar de Hitler hubiera decidido por las vías rigurosamente parlamentarias y legales poner a los judíos en campos de concentración y torturarlos con refinamiento hasta la muerte, las torturas no hubieran tenido un aroma a legitimidad mayor del que tienen ahora. Ahora bien semejante cosa no es de ningún modo inconcebible.

Sólo lo que es justo es legítimo. El crimen y la mentira no lo son de ninguna manera.

Nuestro ideal republicano procede enteramente de la noción de voluntad general debida a Rousseau. Pero el sentido se perdió casi enseguida porque la noción es compleja y requiere un grado de atención elevado.

(...)

El verdadero espíritu de 1789 consiste en pensar, no que una cosa es justa porque el pueblo la quiere, sino que en ciertas condiciones, la voluntad del pueblo tiene más posibilidades que ninguna otra voluntad de ajustarse a la justicia.

Hay varias condiciones indispensables para poder aplicar la noción de voluntad general.

Dos deben particularmente retener nuestra atención.

Una es que al momento que el pueblo toma consciencia de una de sus voluntades y lo expresa no haya ninguna especie de pasión colectiva.

(...)

Si una sola pasión colectiva capta a un país, el país entero es unánime en el crimen. Si dos o cuatro o cinco o diez pasiones colectivas lo dividen, se dividen en varios grupos de criminales. Las pasiones divergentes no se neutralizan, como es el caso para una partícula de pasiones individuales fundidas en la masa; el número es demasiado chiquito, la fuerza de cada una es demasiado grande para que pueda haber neutralización. La lucha las exaspera. Se chocan con un ruido verdaderamente infernal que vuelve imposible escuchar ni siquiera un segundo la voz de la justicia y

de la verdad, casi siempre imperceptible.

Cuando hay una pasión colectiva en un país, existe la probabilidad, para no importa cuál voluntad particular, de estar más cerca de la justicia y a la razón que la voluntad general, o mejor dicho lo que constituye su caricatura.

La segunda condición es que el pueblo tenga que expresar su voluntad con respecto a los problemas de la vida pública y no hacer solamente una elección de personas. Aun menos una elección de colectividades irresponsables. Porque la voluntad general no tiene ninguna relación con tal elección.

Si hubo en el 1789 cierta expresión de voluntad general, a pesar de haber adoptado el sistema representativo a falta de poder imaginar otro, es que hubo claramente otras cosas que elecciones. Todo lo que estaba vivo a través de todo el país – y el país entonces desbordaba vida – había buscado expresar un pensamiento por medio del órgano de los cuadernos de reivindicación. Los representantes en su gran mayoría se habían hecho conocer en el transcurso de esta cooperación en el pensamiento; seguían sintiendo el calor; sentían el país atento a sus palabras, celoso por supervisar si traducían exactamente sus aspiraciones. Durante algún tiempo -poco tiempo- fueron verdaderamente simples órganos de expresión para el pensamiento público.

Tal cosa no se produjo nunca más.

El solo enunciado de esas dos condiciones muestra que nunca conocimos nada que se parezca ni siquiera de lejos a una democracia. En lo que llamamos con este nombre, el pueblo nunca tiene la oportunidad ni la manera de expresar su opinión sobre ningún tipo de problema de la vida pública; y todo lo que escapa a los intereses colectivos se entrega a las pasiones colectivas que son de manera sistemática, oficialmente alentadas.

(...)

Para apreciar los partidos políticos según el criterio de la verdad, de la justicia, del bien público, conviene primero discernir sus características esenciales.

Se pueden enumerar tres:

Un partido político es una máquina para fabricar pasión colectiva.

Un partido político es una organización construida de tal manera que ejerce una presión colectiva sobre el pensamiento de cada uno de los seres humanos miembros del partido.

El primer fin, y en última instancia, el único fin de todo partido político es su propio crecimiento y eso sin ningún límite.

Por este carácter triple, cualquier partido es totalitario en su germen y su aspiración. Si no lo es en realidad, es sólo porque los que lo rodean no son menos totalitarios que él.

Estas tres características son verdades de hecho evidentes para cualquiera que se haya acercado a la vida de los partidos.

(...)

El fin de un partido político es algo vago e irreal. Si fuera real, exigiría un esfuerzo de



atención muy grande porque una concepción del bien público no es algo fácil de pensar. La existencia del partido es palpable, evidente y no exige ningún esfuerzo para ser reconocida. De esta manera, es inevitable que en realidad el partido sea en sí mismo su propio fin.

Desde entonces, hay idolatría, porque sólo Dios es legítimamente un fin en sí mismo.

La transición es fácil. Se plantea como axioma que la condición necesaria y suficiente para que el partido sirva de eficazmente a la concepción del bien público - con este propósito existe- es que tenga una gran cantidad de poder.

Pero ninguna cantidad finita de poder puede jamás de hecho ser considerada como suficiente, sobretodo una vez conseguida. Por el efecto de ausencia de pensamiento, el partido se encuentra en realidad en un estado continuo de impotencia que atribuye siempre a la insuficiencia del poder del que dispone. Aunque fuera dueño absoluto del país, las necesidades internacionales imponen límites estrechos.

Así, la tendencia esencial de los partidos es totalitaria, no sólo con respecto a una nación sino también con respecto al globo terráqueo. Es precisamente porque la concepción del bien público propia de tal o tal partido es una ficción, una cosa vacía, sin realidad, que impone la búsqueda de la potencia total. Cualquier realidad por sí sola implica un límite. Lo que no existe para nada no es nunca limitable.

Es por eso que hay una afinidad, una alianza entre el totalitarismo y la mentira.

Es verdad que mucha gente no piensa nunca en una potencia total; este pensamiento les daría miedo. Es vertiginosa y hace falta una especie de grandeza para sostenerla. Esa gente cuando se interesa en un partido se contenta con desear su crecimiento; pero como algo que no tiene ningún límite. Si hay tres miembros más este año que el año pasado o si se recaudó cien francos más, están contentos. Pero desean que esto siga de manera indefinida en la misma dirección. Nunca admitirían de ninguna manera que su partido pueda tener demasiados afiliados, demasiados electores, demasiada plata.

El temperamento revolucionario conduce a concebirla totalidad. El temperamento pequeño burgués lleva a instalarse en la imagen de un progreso lento, continuo y sin límite. Pero en los dos casos, el crecimiento material del partido se convierte en el único criterio según el cual se definen en todo el bien y el mal. Exactamente como si el partido fuera un animal con fertilizante y que el universo hubiera sido creado para hacerlo engordar.

No se puede servir a Dios y a Mammón. Si tenemos un criterio del bien, que no sea el bien, se pierde la noción del bien.

En consecuencia el crecimiento del partido constituye un criterio del bien, sigue a esto inevitablemente una presión colectiva del partido sobre los pensamientos de los hombres. Esta presión se ejerce de hecho. Se despliega públicamente. Es admitida, proclamada. Nos provocaría horror si el acostumbamiento no nos hubiera endurecido tanto.

Los partidos son organismos públicos, oficialmente constituidos de tal manera que matan el sentido de la verdad y de la justicia en las almas.

(...)

Supongamos que un miembro de un partido -diputado, candidato a la diputación o simplemente militante- se comprometa en público con esto: «Todas las veces que analice cualquier problema político o social, me comprometo en olvidar totalmente el hecho de que soy miembro de tal grupo y en preocuparme exclusivamente por discernir el bien público y la justicia. »

Estas palabras serían muy mal recibidas. Sus partidarios e incluso muchos otros lo acusarían de traición. Los menos hostiles: « ¿Entonces, por qué adhirió a un partido? » confesando así de manera ingenua que renunciamos a buscar únicamente el bien público y la justicia. Este hombre sería excluido de su partido o por lo menos perdería la investidura, no sería ciertamente elegido.

Pero además, no parece incluso posible que un tal lenguaje sea sostenido. En realidad, salvo error, nunca lo fue. Si palabras en apariencia vecinas de aquéllas hubieran sido pronunciadas, lo sería solamente por hombres deseosos de con el apoyo de partidos además del suyo. Entonces, semejantes palabras sonaban como una suerte de falta al honor.

En cambio, nos parece totalmente natural, razonable y honorable que alguien diga: « Como conservador » o « Como socialista, pienso que... » Es cierto que eso no es propio de los partidos. No nos ponemos colorados tampoco al decir: « Como francés, pienso que... » « Como católico, pienso que... »

Niñas que se decían cercanas al gaullismo como equivalente francés del hitlerismo agregaban: « La verdad es relativa incluso en geometría. » Tocaban el punto central.

Si no hay verdad, es legítimo pensar de tal o tal manera ya que somos en realidad tal o tal cosa. Como tenemos el pelo negro, marrón, colorado o rubio porque somos así, pensamos también de tal o tal manera. El pensamiento, como el pelo es entonces el resultado de un proceso físico de eliminación.

Si reconocemos que hay una verdad, sólo se permite pensar lo que es verdadero. Pensamos entonces tal cosa, no porque somos en realidad franceses, católicos o socialistas sino porque la luz irresistible de lo evidente obliga a pensar de tal manera y no de otra.

Si no es evidencia, si hay duda, es entonces evidente que en el estado de conocimiento del que disponemos, la pregunta es dudosa. Si hay una débil probabilidad por un lado, es evidente que hay una débil probabilidad y así sucesivamente. En todos los casos, la luz interior otorga siempre a cualquiera que la consulte una respuesta manifiesta. El contenido de la respuesta es más o menos afirmativo; poco importa. Es siempre susceptible de revisión; pero ninguna corrección puede ser hecha sino con más luz interior.

Si un hombre, miembro de un partido, está absolutamente decidido a sólo ser fiel en todos sus pensamientos a la luz interior y a nada más, no puede comunicar esta decisión a su partido. Está entonces con respecto a él mismo en estado de mentira.

Es una situación que sólo puede ser aceptada por la necesidad que obliga a encontrarse en un partido para intervenir eficazmente en los asuntos públicos. Pero

entonces esta necesidad es un mal y hay que ponerle fin suprimiendo los partidos.

Un hombre que no decidió ser fiel de manera exclusiva a la luz interior, instala la mentira en el centro mismo del alma. Las tinieblas interiores son el castigo.

Intentaríamos en vano solucionarlo con la distinción entre libertad interior y disciplina exterior. Porque entonces hay que mentir al público con cualquier candidato, cualquier elegido, tiene una obligación particular de verdad.

Si estoy a punto de decir, en nombre de mi partido, cosas que estimo contrarias a la verdad y a la justicia, ¿voy a indicarlo en una advertencia previa? Si no lo hago, miento.

De estas tres formas de mentira – al partido, al público y a sí mismo- la primera es de lejos la menos mala. Pero si la pertenencia a un partido obliga siempre, por lo menos, a la mentira, la existencia de los partidos es absolutamente, incondicionalmente un mal.

(...)

Cuando Poncio Pilato preguntó al Cristo: « ¿Qué es la verdad?» Cristo no contestó. Había contestado de antemano diciendo: « vine a traer testimonio para la verdad»

Sólo hay una repuesta. La verdad, son los pensamientos que surgen en la mente de una criatura pensante única, total y exclusivamente deseante de la verdad.

La mentira, el error -palabras sinónimas-, son los pensamientos de los que no desean la verdad y de los que desean la verdad y algo más. Por ejemplo que desean la verdad y además la conformidad con tal o cual pensamiento establecido.

¿Pero cómo desear la verdad sin saber nada de ella? He ahí el misterio de los misterios. Las palabras que expresan una perfección inconcebible al hombre -Dios, verdad, justicia- pronunciadas interiormente con deseo, sin ningún vínculo con ninguna concepción, tienen el poder de elevar el alma e inundarla de luz.

Es deseando la verdad pura y sin intentar adivinar de antemano el contenido, que recibimos la luz. Ahí está todo el mecanismo de la atención.

Es imposible examinar los problemas terriblemente complejos de la vida pública estando atento a la vez por una parte a discernir la verdad, la justicia, el bien público y por otra parte, en conservar la actitud que conviene a un miembro de tal agrupación. La facultad humana de atención no se puede concentrar simultáneamente en los dos problemas. De hecho, cuando se preocupa por uno, abandona al otro.

(...)

Cuando existen partidos en el país, tarde o temprano, resulta un estado de hecho tal que es imposible intervenir eficazmente en los asuntos públicos sin entrar en un partido y jugar el juego. Cualquiera que se interese en el asunto público, desea interesarse en ella eficazmente. Así, los que se preocupan por el bien público, o renuncian a pensar en eso y giran hacia otra cosa o pasan por el rodillo de los partidos. En este caso también, les surgen problemas que excluyen los del bien público.

Los partidos son un mecanismo maravilloso, en virtud del cual, en toda la extensión de un país, nadie se preocupa por distinguir en los asuntos públicos, el bien, la verdad y la justicia.

En consecuencia -sin una pequeña cantidad de coincidencias fortuitas- sólo se deciden y se ejecutan medidas contrarias al bien público, a la justicia y a la verdad.

Si se confiara al diablo la organización de la vida pública, él no podría imaginar nada más ingenioso.

Si la realidad ha sido un poco menos oscura, es que los partidos no habían devorado todo aun. Pero, de hecho, ¿fue un poco menos oscura? ¿No era exactamente tan oscura como el cuadro esbozado? ¿El acontecimiento no lo ha mostrado?

Hay que reconocer que el mecanismo de opresión espiritual y mental propio de los partidos fue introducido en la historia por la Iglesia católica en su lucha contra la herejía.

Un converso que entra a la Iglesia –o un fiel que delibera con él mismo y decide quedarse- comprendió los dogmas de la verdad y del bien. Pero, al franquear el umbral, profesa al mismo tiempo no ser golpeado por los anatemas sit, es decir que acepta en bloque todos los artículos de «fe estricta». Estos artículos no los estudió. Incluso con un grado de inteligencia y de cultura, una vida entera no alcanzaría para este estudio, dado que implica todas las circunstancias históricas de cada condena.

¿Cómo adherir a afirmaciones que no conocemos? Sólo basta con someterse incondicionalmente a la autoridad de donde ellas emanan.

Es por eso que Santo Thomas sólo quiere defender sus afirmaciones con la autoridad de la Iglesia, excluyendo cualquier otro argumento. Porque, dice, no hace falta más para los que la aceptan; y ningún argumento persuadiría a los que la rechazan.

Así la luz interior de la evidencia, esta facultad de discernir otorgada desde arriba al alma humana como respuesta al deseo de verdad, es desechada, condenada a tareas serviles, como sacar cuentas, excluida de todas las búsquedas relativas al destino espiritual del hombre. El móvil del pensamiento no es más el deseo incondicionado, no definido, de la verdad sino el deseo de la conformidad con una enseñanza dada de antemano.

Que la Iglesia fundada por Cristo haya así, en una gran medida ahogado el espíritu de la verdad - y si, a pesar de la Inquisición, no lo hizo totalmente es porque la mística ofrecía un refugio seguro- es una ironía trágica. Lo notamos muchas veces. Pero notamos menos otra ironía trágica. Es que el movimiento de revuelta en contra del ahogamiento de los espíritus bajo el régimen inquisitorial tomó una dirección tal que siguió el camino de los ahogos de los espíritus.

La Reforma y el humanismo del Renacimiento, doble producto de esta revuelta, contribuyeron fuertemente a suscitar luego de tres siglos de maduración, el espíritu de 1789. Resultó de ello luego de un cierto plazo nuestra democracia fundada sobre el

juego de los partidos, en el que cada uno es una pequeña iglesia profana armada con la amenaza de excomunión. La influencia de los partidos contaminó toda la vida mental de nuestra época.

Un hombre que adhiere a un partido ha percibido seguramente en la acción y en la propaganda de éste cosas que le parecieron justas y buenas. Pero nunca estudió la posición del partido en relación a todos los problemas de la vida pública. Al entrar al partido acepta posiciones que ignora. De esta manera somete su pensamiento a la autoridad del partido. Cuando poco a poco vaya conociendo sus posturas las aceptará sin cuestionarlas.

Es exactamente la situación del que adhiere a la ortodoxia católica concebida como lo hace Santo Tomas.

Si un hombre dijese al pedir su carnet de afiliado: «estoy de acuerdo con el partido sobre tal, tal y tal punto; no estudié sus otras posturas y me reservo totalmente la opinión hasta que no las haya estudiado» se le pediría sin duda que vuelva más tarde.

Pero en realidad, salvo excepciones muy raras, un hombre que adhiere a un partido adopta dócilmente la actitud de espíritu que expresará más tarde con las palabras: "como monárquico, como socialista, pienso que..." ¡Es tan cómodo! porque no es pensado. No hay nada más cómodo que no pensar.

En cuanto a la tercera característica de los partidos es decir que son máquinas de fabricar pasiones colectivas, es tan visible que no puede ser establecido. La pasión colectiva es la única energía de la que disponen los partidos para la propaganda exterior y para la presión ejercida sobre el alma de cada miembro.

Textos recopilados por: Graciela Esperanza, Lito Matusevich

\*\*\*



